

## LA ÉTICA MÉDICA EN LA “PLEGARIA” DE MAIMÓNIDES

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

En la elaboración de este trabajo sólo he pretendido un análisis de la ética médica actual, correlacionándola con la que se desprende de la *Plegaria* maimonita, labor esta que acometo, más que como humilde historiador de la Medicina, como simple médico, que por serlo, ha de preocuparse de los códigos deontológicos actuales, necesariamente decantados de toda una tradición que arranca, al menos semiestructurada, desde la Medicina presocrática.

Y antes de comenzar mi labor, he de advertir que el aspecto puntual de la composición de la *Plegaria*, es lo que menos relevancia tiene. Su redacción puede ser la que tradujo el doctor Mazi, la que nos ha hecho llegar el doctor Keller, o puede que ninguna de las dos. Lo que importa es su espíritu, el latido vivencial que nos transmite, y éste no es, ni más ni menos, que la exigencia de una clara postura orientada hacia el recto ejercicio profesional.

Incluso, me atrevería a decir, poco puede importarnos el hecho de que la *Plegaria* ni siquiera hubiera sido redactada por Maimónides, porque, conociendo su vida y su obra, vemos que de ellas se desprende una esencial dimensión ética, que, aún sin estar quintaesenciada en un escrito, habríamos de admirar y aceptar.

Por otra parte, de todos es sabido que el máximo exponente del buen hacer médico, como tradicionalmente se ha considerado al “Juramento hipocrático”, no fue redactado por Hipócrates, según han demostrado las críticas histórica y filológica actuales, sino quizá por los asclepiades, o por los socráticos, o tal vez por los pitagóricos, y sin embargo, el “Juramento” está ligado indisolublemente con el nombre del Padre de la Medicina, al que nadie, nunca, le podrá negar las virtudes que se desprenden de las normas éticas que aquél dicta.

Comienzo, pues, a exponer el tema propuesto, que atenderé al siguiente esquema:

Primero intentaré un somero recorrido histórico desde la sociedad hipocrática a la islámica, pasando por la cristiana y la judía, para conocer las influencias, que, en lo referente a la ética médica, pudieran haber existido sobre la postura que

Maimónides sustenta. Luego, tras unas reflexiones sobre la propia *Plegaria*, procuraré parangonar sus dictados con las normas deontológicas actualmente vigentes.

La asistencia médica al enfermo, como acto humano que es, ha de poseer una esencial dimensión ética, que ha de basarse en lo que da sentido y fundamento a la existencia del hombre médico, o lo que es lo mismo, en sus más íntimas convicciones, en sus creencias.

Para el médico hipocrático, el rasgo fundamental de su ética consistió en la aceptación humana y en la configuración técnica de esa primera tendencia del hombre al auxilio del semejante enfermo, de manera que, por primera vez en la historia, se van a asumir, perfectamente ensamblados, los conceptos de lo "humano" y lo "técnico". Esto, junto a una aceptación de sus deberes en la práctica profesional, tanto cara al enfermo como frente a sus compañeros, conferirá al médico hipocrático el ser *kalós kai agathós* ("bello y bueno"). Y esta suprema excelencia, la *kalokagathía*, le hará convertirse en *aristos* (en "noble").

Este ideal es el que nos ofrece el "Juramento hipocrático", que aun cuando en la antigua Grecia no supusiera un documento de validez universal, precisamente porque predicaba ideales, sí fue y seguirá siendo un majestuoso proyecto deontológico continuamente vigente.

Y así podemos advertir en el primer siglo de la era cristiana su asunción sin reservas, tanto por parte de los cristianos primitivos como por algunos autores médicos no cristianos: el neumático Areteo insta a compadecer al enfermo cuando el médico siente la desdicha de no poder curarle; el romano Escribonio Largo dice que el quehacer curador ha de ser *plenus misericordiae et humanitatis*. Uno y otro se fundamentan en Hipócrates, cuando en su *Peri physōn*, dice: "...el médico ve lo horrible, toca lo desagradable y crea su propia preocupación del padecer ajeno...", e igualmente, el cristianismo primitivo, nacido en parte de un substrato intelectual previo, se apoyaba en Hipócrates cuando predicaba la preocupación del médico por el enfermo.

Sin embargo, el cristianismo va a introducir dos nociones antropológicas absolutamente nuevas y peculiares: la idea de la condición "personal" del hombre y una concepción del amor hacia él, fundamentada en el "amor a la persona", ensamblaje íntimo, aunque discernible, de su doble condición "natural" y "espiritual".

Estas novedades habrían de traer consecuencias prácticas en lo relativo a la asistencia al enfermo, tales como la consideración de dicha ayuda como un deber religioso; la condición igualitaria en el tratamiento a pobres y ricos, libres y esclavos, compatriotas y extranjeros; la incorporación metódica del consuelo para con el enfermo en la actuación médica; la preocupación por el enfermo incurable y por el moribundo; la asistencia gratuita, sólo por caridad, del menesteroso y la incorporación de prácticas religiosas cristianas –la oración, la unción sacramental– al cuidado de los enfermos.

Muchos de estos nuevos mandatos veremos asumidos en la *Plegaria* maimonita, en la que también influiría la deontología árabe, desde el principio basada en los valores éticos del "Juramento hipocrático", que quizá pudiéramos resumir en algunos pasajes de la obra de al-Tabarī, el *Paraíso de la sabiduría*. En ella puede

leerse una frase que compendia una actitud: el médico “...será más benévolo con un enfermo que con su familia y se ocupará de él con más diligencia que de sí mismo...”. Esta preocupación por el enfermo que exige la ética médica árabe, queda redondeada con la definición que al-Ruhawī da del sanador como “vigilante de las almas y los cuerpos”; definición en la que queda implícita la idea de la condición personal del hombre.

Otra influencia, tal vez la mayor que existe en el pensamiento ético-médico de Maimónides, es, naturalmente, la propiamente judía, transmitida por la “enseñanza escrita” –las Sagradas Escrituras– y la “enseñanza oral”, posteriormente recopilada en la Mishná y en el Talmud.

Dentro de la Medicina talmúdica ya aparece la preocupación ética en el *Libro de las sentencias* de Jesús ben Sirac (ca. 150 a.C.) y en la postura que adopta la secta de los esenios, allá por los albores de la era cristiana, en su dedicación a la asistencia a los enfermos, no sólo en cuanto a la curación de los cuerpos, sino también dirigida a la perfección de las almas, para hacerles accesibles a la Verdad Divina.

Posteriormente, hay que dejar constancia del médico judío del siglo VI después de Cristo, Asaf Harofé, fundador de una academia médica y autor de un tratado de Medicina en el que introduce un “Juramento médico”, que sobrepasa incluso al hipocrático en lo que a contenido ético se refiere, y aun cuando tiene con aquel muchos puntos en común, como la prohibición de usar venenos, de provocar abortos, de mantener contactos sexuales con pacientes y de romper el secreto profesional, introduce otras recomendaciones absolutamente personales: no dejarse sobornar en el ejercicio de la Medicina, tratar a los hombres sin distinción de clases o posición económica y despreciar los tratamientos basados en la superstición o la superchería, aspectos estos últimos que vemos también contemplados en la *Plegaria*.

En ella, Maimónides comienza pidiendo ayuda a Dios para el buen desempeño de su ejercicio profesional. Impetración que, por otra parte, encontramos encabezando muchos de sus escritos, pues, como dice en el comienzo de su *Libro de la ciencia*, “... la base de las bases y el fundamento de la sabiduría, es conocer la existencia del Ser Supremo...”.

Su segunda súplica se basa en el deseo de acceder a la sabiduría y de amar al hombre, punto este último sobre el que volverá a incidir, resumiendo en él su primera y eterna preocupación; en definitiva, su único afán.

Ruega a Dios después no caer en la codicia ni en el deseo desmedido de honores, vicios tantas veces achacados, y en parte con razón, a los médicos de todos los tiempos. Maimónides, en definitiva, se opone al espíritu de la frase del *Pluto* de Aristófanes, que resume la postura de muchos de los médicos de la antigua Grecia: “Donde no hay recompensa, no hay arte...”. Él, que tuvo que dedicarse al ejercicio de la Medicina simplemente para asegurar la subsistencia de los suyos, a raíz del fallecimiento de su hermano David, hasta entonces sostén económico de la familia, nunca daría importancia a las riquezas, llevando siempre una vida sencilla y limitada; incluso cuando le llega la hora de serle reconocidos sus méritos y entra en la corte del Sultán Saladino como médico del visir, no renunciará por ello al cuidado del menesteroso que le solicite.

Es el cuarto versículo de la *Plegaria* el que tiene una más clara connotación de lo que para Maimónides significa el ejercicio de la Medicina. Dice así:

*Fortalece mi cuerpo y mi alma para poder siempre ayudar al pobre y al rico, al bueno y al malo, al amigo y al enemigo; para que vea en el enfermo sólo al hombre.*

Si nos retrotraemos, una vez más, al modo de asistencia en la Grecia hipocrática y contemplamos también el siglo I de la era cristiana, cuando el “Juramento” de los asclepiades está en todo su vigor, comprobamos que el enfermo pobre, las más de las veces despreciado por los médicos, no tenía más opción que acudir al templo de Asclepio, donde en ocasiones, no siempre podía ser atendido gratuitamente. Y, por supuesto, el médico griego se negaba por sistema a tratar al enfermo extranjero, como queda reflejado en la quinta de las *Cartas hipocráticas*: “No me compete tampoco librar de enfermedad a los bárbaros, pues son enemigos de los helenos”, e incluso, Escribonio Largo, que aceptaba ocuparse del enfermo pobre, no prestaba atención al extranjero. Ni siquiera todos los cristianos vieron la absoluta igualdad de todos los hombres en cuanto a su derecho como personas enfermas. San Jerónimo, en torno al año 400 d.C., cita el “Juramento hipocrático” para afirmar que también “...nosotros, a los que nos incumbe atender el alma, debemos amar las casas de todos los cristianos como la nuestra propia...”, discriminando así las casas “no cristianas”, de la misma forma que el “Juramento” distinguía las “casas griegas” de las que no lo eran en cuanto al cumplimiento en ellas de los preceptos médicos que recomienda.

Sin embargo, la postura real del cristianismo se basaría siempre en el mandato: “...si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber...”, mandamiento absolutamente enraizado en la ética judía, según la ley de Moisés, que ordenará, tras su amarga y personal experiencia: “...y amareis, pues, al extranjero porque extranjeros fuísteis en la tierra de Egipto...”.

Maimónides no distingue, a la hora de atender al enfermo, al pobre del rico, al bueno del malvado, al amigo del enemigo. Así lo expone en sus cartas a Rabí Ionatan, de Lonil; y a Rabí Samuel ibn Tibón, cuando les relata cómo transcurren sus días, plenos de incesante actividad. Maimónides sólo ve al Hombre en el ser que sufre; hombre formado de materia –sustancia indefinible fundamental– y de forma –esencia de las cosas– y esta forma, representada por el alma, no es algo con lo que uno nazca como una sustancia, sino que se nos otorga como una facultad.

Fecundo pensamiento que define al hombre como persona y que determinará su especial postura ante el enfermo, afanándose en la curación, tanto de los males del cuerpo como de los del alma. Cuando dice en *Mishné Torá* “...todo lo que salva un alma en el mundo –y no “en Israel”, como dice la versión talmúdica– es como si salvara todo un mundo...”, se está refiriendo a salvar a la persona en sí, su cuerpo y su alma, a asegurar la subsistencia de la persona en su conjunto.

Sigue en su *Plegaria* pidiendo a Dios les sea otorgada a sus enfermos, confianza en él y en su práctica profesional. El médico ha de atenerse a recomendar lo que es bueno para el enfermo y éste, si confía en aquél, seguirá sus dictados. A

propósito de ese punto, cuando en el capítulo XXI de su *Tratado sobre la explicación de los síntomas* dedicado al sultán al-Afdal, dentro del régimen que le recomienda, incluye el vino, bebida absolutamente prohibida por el Corán, Maimónides, al final de la obra, justifica así su atrevimiento:

*Que Nuestro Señor se digne no censurar a su humilde servidor porque he osado mencionar en este tratado el uso del vino y del canto que la ley religiosa prohíbe. Los teólogos saben tan bien como los médicos que el vino puede ser útil al hombre. El médico está obligado por su cualidad profesional a aconsejar un régimen útil, esté prohibido o permitido. El enfermo es libre, por lo demás, de ponerlo en ejercicio o no. La medicina indica lo que es útil y pone en guardia contra lo perjudicial, pero no fuerza a aplicar lo uno ni castiga la omisión de lo otro...*

Reserva Maimónides un versículo de su *Plegaria* para dejar clara su animadversión hacia medicastros y curanderos y, por extensión, a todo tipo de prácticas mágicas o basadas en predicciones astrológicas o supercherías. En su *Comentario de la Mishná*, en *Mishné Torá* y en *Guía de Perplejos*, trata repetidamente este apartado. Dice en la última obra citada: "No se te ocurra prestar atención a las locuras de los astrólogos y exorcistas. Todas esas cosas ni siquiera merecen ser escuchadas por un hombre de bien, y, mucho menos, creídas...".

Pide después fuerzas a Dios para persistir en la búsqueda del conocimiento verdadero; él, que es el paradigma de la sabiduría, persiste en su eterna curiosidad de saberes; el hombre que representa en su época el conocimiento más vasto y polifacético, aún pretende ser aleccionado por sabios médicos y hombres de ciencia; su grandeza no es mayor que su modestia, como queda reflejado en una frase que pretende ser una justificación y vuelve a ser un principio ético:

*Soy el menor de los sabios de España, cuya brillantez ha oscurecido el exilio. He estado siempre en mi puesto, pero no he alcanzado la sabiduría de mis antepasados, pues el mal y los días difíciles han sido mi suerte, se me otorgó fatiga y no descanso. De ciudad en ciudad y de reino en reino me vi empujado. Pero tras el segador espigué por todos los caminos, recogí las espigas, las firmes y henchidas, pero sin menospreciar las flacas y agostadas (...). De no haber sido por la ayuda de Dios y por las enseñanzas de mis maestros, no habría recogido los frutos exiguos con que hoy me sustento...*

Finaliza su oración rogando le sea concedida la necesaria fortaleza de espíritu para perseverar siempre en el camino de la verdad, en la senda de perfección que él halló y que nos marca constantemente con su ejemplo.

La *Plegaria* maimonita, en fin, significa la decantación de una unidad indestructible compuesta por la fe, la sabiduría y el sentimiento humanitario, trípode en el que se fundamenta su pensamiento, dentro del cual, como dice Meir Orian, la Medicina se transforma en una gran plegaria, plena de espíritu de sacrificio y abnegación.

Por eso la *Plegaria* de Maimónides trasciende de su esquemático contenido

para representar una postura ética en la que se imbrican, a mi modo de ver, dos valores sustanciales: la atención al enfermo en cuanto a hombre que es, en cuanto a persona armónicamente configurada, al par cósmica y espiritual y el sentimiento de dignidad médica que esta postura confiere al profesional que la adopta. Por ello, la *Plegaria*, como el "Juramento" de Hipócrates, o el de Asaf, o el de Amatus Lusitano, son códigos éticos atemporales continuamente vigentes, como los principios que contemplan.

Hoy, cuando nos hallamos en una época de crisis en la que los valores del espíritu parece que están en almoneda y la ética médica se diluye en su esencia para transformarse en una abstracción sin sentido, en base, quizá, a nuevas concepciones de la vida, o a nuevos sentimientos, a nuevas frustraciones, es más necesario que nunca buscar en el enfermo el eterno objetivo que es el hombre. Y ello puede realizarse tanto desde perspectivas cristianas o de otras confesiones afines, como desde posturas incluso agnósticas, si éstas mantienen una idea positiva y coherente del hombre, que se oponga a la imagen de lo humano en migajas, que parece obsesionar al mundo del cientifismo y tecnicismo a ultranza. Incluso puede llegarse al hombre desde la propia ciencia, siempre que ésta parta de su conocimiento biológico, fundamentándose de forma objetiva en la realidad psico-orgánica, postura humanística científica que constituye lo que Marañón y Laín Entralgo, entre otros, han denominado como neohumanismo biológico.

De una forma u otra, queda clara la auténtica necesidad de acercarse al hombre, contemplándolo como persona más que como simple naturaleza, como una sola unidad hecha de materia viviente y energía pensante; unidad que resumiera Juvenal en su máxima *mens sana in corpore sano*, especie de premonición hoy aceptada por la fisiología, que nos ha demostrado que tanto lo orgánico como lo psíquico se asientan sobre bases reales, en los equilibrios o desequilibrios elementales.

En esto, sin duda, tiene que radicar la medicina de hoy y de mañana, a la que el Prof. Laín adjetiva de "transmoderna", por cuanto una vez llegados, por la doble vía de la experimentación y de la reflexión, a la absoluta conveniencia de "personalizar la naturaleza humana" es ya el momento de dar un nuevo paso adelante en la atención del hombre enfermo, que iniciara hace veinticinco siglos el gran maestro de Cos.

Hemos de afirmar, pues, la imperiosa necesidad que hoy existe de una medicina humanística, nacida, en último término, como afirma el filósofo Max Hermant, "...del derecho de las personas a ser tratadas como fines de sí mismas...", con el objetivo final, no sólo de saber del hombre, sino de comprender al hombre, para así poder establecer una "medicina romántica", entendiendo el término, acuñado por el doctor Cortejoso, en el sentido de eficaz, desinteresada, generosa y altruista. Sólo bajo estas condiciones puede el curador alcanzar esa "dignidad médica" que late implícita en la *Plegaria maimonita*. Porque cuando veamos al hombre en el ser que sufre, nuestra norma de conducta se adaptará a esos principios éticos que actualmente, por desgracia aparecen desdibujados.

Muchos de los vicios, pecados u omisiones que hoy se deslizan alrededor del casi desaparecido acto médico, los vemos condenados en los códigos deontológicos que apresuradamente hemos citado. El problema de los honorarios, en ocasiones

constituido en verdadero ánimo de lucro; el secreto profesional, de por sí difícil de mantener con la actual estructuración de la medicina; la relación con los compañeros, muchas veces presidida por la envidia, la maledicencia y la falta de comunicación; la propia práctica profesional, basada en unos esquemas en los que se abusa del fármaco, a veces activo en su acepción semántica de veneno que de propio remedio y en la que se ha convertido en tópica la experimentación sobre el propio enfermo; la desviación, a veces, de la Medicina como puro arte, a prácticas pseudocientíficas, donde se aúnan la mentira, la peligrosidad y el desmedido afán de dinero; y, por fin, y para no hacer más larga la lista de agravios, las nuevas posturas, que, poco a poco, se van abriendo paso en nuestra sociedad, que, inevitablemente, han colocado al médico en el filo de la navaja de ser tachado de retrógrado y ultramontano o de tener que actuar contra aquello que, por definición, ha de ser el motivo de sus afanes: la vida; no un proyecto de vida, sino la vida misma...

Maimónides no pormenoriza en su *Plegaria* la conducta ética a seguir en cada uno de estos supuestos que Hipócrates y Asaf sí contemplan, pero al reconocer al hombre en el enfermo, asume en plenitud todo lo que signifique su defensa y dignificación, como podemos observar a lo largo de sus escritos.

Su postura en contra del desmedido afán de dinero y honores, podemos verla reflejada en la siguiente recomendación que da en su "Testamento":

*Vivid con dignidad, pureza de espíritu y honradez y no os acerquéis a lo que no os pertenece, ni os guiéis por principios que no os resulten absolutamente claros.*

En cuanto a la relación con los compañeros, Maimónides nos ofrece su ejemplo en múltiples ocasiones, de entre las que podemos citar su actitud ante la actuación profesional de los médicos que acompañaban al sultán al-Afdal durante su estancia en Riqqa, con la que no estaba de acuerdo, y, sin embargo, se abstenría de ridiculizarlos o condenarlos cuando envía al sultán el tratamiento que aquél le requería. Mención aparte merece la relación que mantuvo con sus discípulos, sobre todo con su preferido, Yosef ben Yehudá ibn Aknin, plena de afecto y consideración.

Su prudencia en la utilización de las drogas es una constante que se repite, tanto en sus obras médicas como filosófico-teológicas; su matizada postura terapéutica queda reflejada en la cardinal importancia que da a la dietética y a la higiene, que, según él, deberán marcar los primeros pasos a seguir por el médico prudente en su actuación sanadora. E incluso, antes de intentar todo tipo de tratamiento, observa y exhorta la profilaxis, como se desprende de la siguiente frase: "...la salud de la persona sana es anterior al tratamiento de la enfermedad...".

La defensa de la vida está permanentemente implícita en el pensamiento maimonita. El parte de que "...la conservación de la salud es un mandamiento divino...", aserto en el que vemos que aborda el concepto de salud como un tema religioso; y si esto es así, mucho más importante ha de ser la conservación de la vida, aún en los casos de grave enfermedad o senectud, y más, mucho más que la

mera conservación de la vida, representa el respeto y la absoluta atención a la promesa de vida que radica en todo nuevo ser, proyecto de hombre-persona, de hombre materia y esencia.

Quizá a este respecto y en la actual coyuntura antes aludida, en la que el médico se enfrenta al dilema de ser mal visto o ser verdugo, sea conveniente recordar otra frase del "Testamento" maimonita:

*Preferid siempre la verdad y la justicia por más que os parezca que resultaréis perjudicados defendiéndolas, y que por la vía de la impiedad y la mentira os beneficiaréis. Sabed que la verdad y la justicia son joyas del alma y dan fuerzas y seguridad a uno mismo...*

En definitiva, Maimónides nos dice desde su *Plegaria*, que la medicina actual necesita recuperar su trayectoria humanística; necesita volver a sus raíces, a reaprender lo olvidado y a corregir el desvío que los últimos acontecimientos técnicos y socio-económicos le imprimieron; a recordar que sólo en el seno de un humanismo verdadero puede ser válida y efectiva, porque quizá sea Heidegger el que más simple y atinadamente define a aquél con las siguientes palabras: "Humanismo puede ser pensar y cuidar que el hombre sea humano y no inhumano".

Y el curador deberá ser fiel al concepto de "ser médico" que Maimónides proclama: el médico ha de ser un hombre moral en su esencia, cuyo ejercicio no puede basarse solamente en el perfecto conocimiento del arte, sino que debe imbuir su práctica de elevados principios morales, de forma que pueda aliviar, además de los sufrimientos físicos, los espirituales del prójimo enfermo. Recomendación maimonita que podemos extrapolar a la que, hace ya algunos años, el papa Juan Pablo II hacía a unos alumnos de la Facultad de Medicina de Córdoba y que decía entre otras cosas:

*Poned sumo cuidado de no hacer de vuestra vida una mera profesión, sino una verdadera vocación de servicio, de ayuda a los demás, y tratad de ver siempre en los pacientes que acudan a vosotros no sólo cuerpos necesitados de asistencia, sino también espíritus en los que depositar, a la vez, la buena palabra que da serenidad, que alienta en el humano caminar, que respeta y hace respetar la ley moral, que sabe abrir el corazón a la voz de Dios y al sentido trascendente de la existencia.*

Una vez más, la ética médica se nos presenta con la atemporalidad de lo que es eterno. El "Juramento hipocrático" y la *Plegaria* de Maimónides siguen vigentes.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ARASA, F.: "El hombre y su futuro vistos por un humanista", *Folia Humanística*, 75, 215-236; 76, 327-347; 77, 431-454.
- AZORÍN, F.: "La higiene del alma de Maimónides", *Boletín de la Real Academia de Córdoba* (BRAC), X, 1935.
- BARUCH, J.Z.: "Maimónides as a physician", *Gesnerus*, 1982, 39, 347-357.
- CRISCIANI, C.: "Valeurs éthiques et savoir médical entre le XII<sup>e</sup> et le XIV<sup>e</sup> siècles", *Hist. Philos. Life Sci.*, 1983, 5 (15, 33-52).
- FENTON, P.B.: "A meeting with Maimónides", *Bull School orient, Afr. Stud.* 1982, 45 (1), 1-4.
- FRANCK, I. et al.: "Medical ethics from the Jewish perspective", *J. Med Philos.*, 1983, 8, 207-328.
- FRIEDENWALD: "Moses Maimonides the Physician", *The Jews and Medicina*, 1944, II, 193-216.
- GLUCKMAN, L.K.: "Maimonides and prayers for physicians", *Scalpel Tongue*, 1983, 27, 17-19.
- GOYANES: "La personalidad médica de Maimónides", *BRAC*, XLV, 119-143.
- HAMEED, A.: "Medical ethics in Islam", *Stud. Hist. Med.*, 1981, 5, 133-159.
- HERNÁNDEZ VÁZQUEZ, A.: "Temas polémicos en la medicina actual", *Informativo médico*, 59, 4-7.
- HESCHEL, A.J.: *Maimónides*, Munchnick Edit., Barcelona, 1984.
- JOSSUA, J.P.: "El Humanismo, ¿en el pináculo o en la picota?", *Médico*, 2, 8-12.
- KOSLOV, A.M.: "The Hippocratic oath and its influence on the development of medical ethics", *Sovetsk Med.*, 1983, 3, 79-82.
- LAÍN ENTRALGO, P.: "El Cristianismo primitivo y la Medicina", *Historia Universal de la Medicina*, III, 1-6.
- "Concepto de Medicina moderna", *Medicina e Historia* 32, (2.<sup>a</sup> época).
- MAIMÓNIDES: *Guía de Perplejos*, Ed. Nacional, Madrid, 1984.
- MEYERHOFF, M.: "La obra médica de Maimónides", *BRAC*, 46, 101-154.
- MUNTNER, S.: "La Medicina hebrea medieval", *Historia Universal de la Medicina*, III, 119-135.
- ORIÁN, M.: *Maimónides, vida pensamiento y obra*, Riopiedras Ed., Barcelona, 1984.
- ROSNER, F.: "Moses Maimonides' treatise on asthma", *Thorax*, 1981, 36, 245-251.
- SCHIPPERGES, H.: "La Medicina en el Medioevo árabe", *Historia Universal de la Medicina*, III, 59-117.